



En el interior, apenas brotaba de la garganta de aquel hombre una especie de oración, un murmullo devoto.

CAPÍTULO 1

El débil lamento de un susurro apenas lograba romper el silencio de aquel oscuro y húmedo lugar. Afuera, la noche era casi total: negros nubarrones por el cielo impedían que la luna iluminara el paraje. En el interior, apenas brotaba de la garganta de aquel hombre una especie de oración, un murmullo devoto.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti* —se escuchó en la estancia sombría.

Nadie respondió, aunque aquello bien podía ser el inicio de una confesión. Unos segundos después, la misma voz reanudó su confidencia.

—Mi Señor Jesucristo —exclamó con humildad—, yo, Antonio de Valdeosera, caballero de la Orden del Temple, me presento ante vos para solicitar el perdón de mis pecados. Es probable que, dentro de unas horas, comparezca ante vuestra presencia, y no deseo hacerlo cargado de culpas.

En ese instante, la luna logró burlar a las nubes y bañó con su luz al hombre; bajo la túnica blanca, él intentaba desnudar su alma ante Dios, revelando a su vez una cicatriz que le cruzaba el rostro.

—He servido fielmente al Temple desde aquel día de 1260 en que, vestido con ropas humildes, a pesar de mi condición de caballero, me presenté en la Encomienda de Aradón, junto al río Ebro, cerca de Alcanadre. Mi linaje procede del Solar de Valdeosera, en el valle del Leza, junto a los montes Distercios, de donde partí una mañana invernal hacia mi destino. Soy el quinto hijo de Martín de la Sierra, señor de Valdeosera. Él, nunca me miró con orgullo; mis hermanos mayores eran su preferencia. Yo, sólo era el quinto —dijo aquella voz misteriosa con un gesto ironía en los labios—. Pero de mi madre —añadió con ternura—, recibí todo el cariño que mi padre me negó. Nunca sentí vocación por la vida monástica, pero sí por el arte de la guerra, para el que me preparé con varios maestros en mi Valdeosera natal. Tras ser armado caballero, una fría mañana de enero, en la corte del rey Alfonso X de Castilla, consagré mi vida a Dios con las armas en la mano, y me dispuse a ingresar en la Orden del Temple.

Hubo quienes me aconsejaron unirme a los Hospitalarios, otros a la Orden de Calatrava o a la de Santiago, para proteger a los peregrinos y combatir al infiel en tierras hispanas. Sin embargo, mi corazón pertenecía al Temple. Pero aquella empresa no fue tan fácil como yo me había imaginado

Aún puedo sentir el frío clavándose en mis huesos como la hoja de una daga, mientras la lluvia golpeaba mi rostro. Era una mañana de marzo. Con los nudillos empapados y el alma tensa, golpeé con la aldaba la puerta de la Encomienda de Aradón. Poco después, unos pasos resonaron al otro lado y la puerta se abrió. Un hombre alto, enfundado en una túnica blanca con una cruz patada roja en el pecho, apareció ante mí. Era, sin duda, un caballero del Temple. Sin expresión, preguntó:

—¿Quién llega? —exclamó con solemnidad.

—Un servidor de nuestro Señor Jesucristo —respondí, bajando la mirada.

—¿Qué deseas?

—Servir a Dios en la Orden del Temple.

—Esperad aquí.

La puerta se cerró. Durante siete días permaneció así. La lluvia siguió empapando mis ropas, y el frío nocturno las congeló. Nadie salió a ofrecerme alimento o cobijo. Solo me acompañaron el silencio y las inclemencias del tiempo. Admito que, durante algunas noches, el desaliento amenazó mi ánimo. Sin embargo, la firmeza del espíritu y la fe me sostuvieron.

Al amanecer del octavo día, la puerta volvió a abrirse. Un caballero apareció ante mí, cubierto con malla de guerra y la túnica blanca con la cruz roja sobre el hombro izquierdo de su capa. Yo, exhausto y casi sin fuerzas, me incliné ante él.

—¿Qué queréis? —preguntó, como si no me hubiera visto antes.

—Servir al Altísimo, nuestro Señor, en la Orden del Temple.

No dijo nada. Se dio media vuelta y regresó al interior. Esta vez, no cerró la puerta.

Permanecí inmóvil unos minutos, esperando alguna señal, alguna palabra que indicara qué debía hacer. No ocurrió nada. Decidido a continuar, avancé hasta el umbral. Dentro, la oscuridad dominaba, y el frío exterior no daba tregua. Reuniendo valor, crucé el portón. El olor a leña seca y a pan recién horneado me envolvieron. Por un momento recordé mi casa en Valdeosera, cuando mi madre nos llamaba a desayunar y el olor a pan invadía la casa.

Mis ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra. En ella, distinguí la figura de un templario junto a otra puerta, hacia la que me dirigí con cautela. Una luz intensa se filtraba desde la sala situada al otro lado. Mi voluntad era firme y avancé.

—No soporté siete días a la intemperie para rendirme ahora ni regresar a la tranquilidad de Valdeosera —me dije.

La sala era amplia y solemne. En semicírculo, veinte caballeros templarios me observaban en silencio. Sus rostros, ocultos bajo los cascos, y las capas blancas caían desde los hombros hasta casi rozar el suelo. En cada una destacaba una cruz patada roja a la altura del hombro. Bajo las capas, una túnica blanca con otra cruz en el pecho cubría la cota de malla. Entre sus manos, apoyada en el suelo, una espada larga.

Entonces, uno de ellos —el que ocupaba el centro, y que más tarde supe que era el comendador de la Encomienda— alzó la voz.

—¿A qué habéis venido?

—A servir a mi Señor Jesucristo bajo la Orden del Temple —repetí, como en la entrada, con la mirada baja.

—Habéis resistido la tentación de regresar a casa durante las penurias sufridas en la puerta. Con ello, habéis demostrado vuestra voluntad ante las privaciones. Habéis superado la primera prueba —declaró con solemnidad.

Los caballeros presentes respondieron al unísono, mientras asentían:

—Sí.

—¿Deseáis volver a casa?

La pregunta, esta vez, era para mí.

—No —respondí con firmeza.

—¿Queréis servir a nuestro Señor Jesucristo bajo la regla del Temple?

—Sí —afirmé sin vacilar.

En silencio, comenzaron a salir de la estancia, llevándome en medio de ellos. Afuera, el aire era gélido y el viento soplaba con más fuerza, aunque la lluvia seguía ausente.

Cruzamos el padre Ebro por un puente de madera que crujía bajo nuestros pasos. En la otra orilla, se alzaba la abadía de Aradón, junto a la aldea del mismo nombre, sobre la margen derecha del río. Las sombras del anochecer se extendían por el paisaje, y el murmullo del agua acompañaba nuestro andar.

La luz mortecina de las velas y un olor a cera y humedad nos inundó al entrar. En el coro, cada monje del Císter ocupaba su estalo (sitial) en completo silencio. Nos recibieron con una inclinación solemne de cabeza. Tras los saludos rituales, me hicieron arrodillar ante ellos.

El Comendador inició la lectura del “Preámbulo de la Regla del Temple”. Una letanía grave y severa, que se derramaba sobre mí como un juramento eterno. Su voz grave llenó la nave de la abadía con una autoridad innegable. Escuché cómo se detallaba que la Orden se dirigía a quienes deseaban servir con pureza de ánimo en la caballería del Rey verdadero y supremo, y cómo los caballeros se apresuraban a unirse a aquellos que el Señor había elegido para la defensa de la Santa Iglesia.

Recordé las palabras sobre la caballería secular que, antes de la Orden, solía robar y despojar, y la razón de ser de nuestra hermandad: la protección de los inocentes por los caminos de Dios. Aunque no memoricé cada nombre, la mención del Maestre Hugo de Payens y la solemnidad del concilio de 1128, donde la Regla fue establecida con la ayuda de altos dignatarios, subrayaban la magnitud del compromiso que estaba por adquirir. Aquello no era una simple milicia, sino una institución forjada por la fe, el honor y la necesidad de una época convulsa.

—Acabado el preámbulo, el comendador comenzó a leer el capitulario.

Debo reconocer que, dadas las condiciones en que se encontraba mi cuerpo, aquella lectura se me antojaba más una penitencia que una dicha:

1. Cómo se ha de oír el oficio divino. Vosotros, que renunciasteis a vuestras voluntades para servir al Rey Soberano con caballos y armas, por la salvación de vuestras almas, procuraréis siempre, con piadoso y puro afecto, oír los maitines...

Durante más de una hora, el comendador leyó el capitulario, hasta llegar al capítulo final.

LXII. Que se eviten los besos de las mujeres. Creemos que es peligroso a todo religioso mirar detenidamente los rostros de las mujeres; por lo mismo, que ningún hermano ose

besar ni a viuda ni a doncella, ni a su madre, ni a su hermana, ni a su tía, ni a mujer alguna. Huya por esto mismo de semejantes besos la Milicia de Cristo, por los que suelen frecuentemente peligrar los hombres, para que, con conciencia pura y perfecta vida, logre gozar perpetuamente de la vida del Señor.

Tras la última lectura, me hicieron salir al exterior de la abadía, mientras deliberaban. No sé cuánto tiempo estuve esperando bajo la lluvia, que había vuelto a caer. Solo recuerdo que, cuando estaba a punto de desmayarme, la puerta se abrió de nuevo y me hicieron entrar.

En presencia de todos, el comendador tomó la palabra:

—Yo —comenzó con gran boato—, como comendador de Aradón y humilde servidor de nuestro Señor Jesucristo —las palabras resonaron en la iglesia con solemnidad y cierta pompa—, os doy la bienvenida a la Orden del Temple, que solo se hará efectiva ante la presencia de nuestro Maestre de los Tres Reinos, Martín Núñez, el día que él designe, en la iglesia de Santa María del Temple, en la Encomienda de Zaragoza. Y ahora, atendamos a nuestro hermano —exclamó, dirigiéndose a mí.

Lo primero que hicieron fue lavarme y raparme la cabeza, como era costumbre. Dentro de la Orden, las cabezas debían estar afeitadas, aunque se permitía la barba.

Luego vistieron mi cuerpo con una túnica blanca de algodón, cuyo suave roce me sosegó el alma, y me ofrecieron un frugal refrigerio. Aquel caldo caliente, acompañado de un trozo de pan, bastó para disipar el frío que se me había incrustado en los huesos.

Me mostraron la celda donde debía dormir, en soledad, hasta el día de mi admisión definitiva. No podía compartir descanso con los hermanos, pues la misma regla que me acababan de leer lo prohibía. Sin embargo, debía regirme por ella, por lo que nunca faltaba en mi celda un candil de aceite encendido que ardía toda la noche, hasta el amanecer.



Arrodillado a sus pies y rodeado por el capítulo en pleno, escuché la primera de las preguntas.

CAPÍTULO 2

"Los días transcurrían con lentitud, aunque ya no los pasaba a la intemperie. Poco a poco me fui recuperando, gracias al favor divino y a mi juventud. Paralelamente, comenzó mi entrenamiento como caballero del Temple.

Las mañanas transcurrían entre las luchas con espada larga y pesada. Por las tardes, el tiro de jabalina, el manejo de la daga, la lanza, el hacha, la maza, el arco y la ballesta ocupaban el resto del día. Al anochecer, se nos hacía hincapié en los estudios religiosos, la disciplina templaria y la obediencia a las reglas de la orden. Un día a la semana asistíamos a clases de filosofía, diplomacia, política e historia.

Todo aquello me parecía muy interesante y enriquecedor, pero no ayudaba a mi plena recuperación.

Como había previsto el comendador, un día llegaron dos hermanos desde Zaragoza con un mensaje.

—Yo, Martín Núñez, Maestre de los Tres Reinos, convoco al novicio Antonio el día once de abril del año mil doscientos sesenta, en la iglesia de Santa María del Temple, en Zaragoza.

El comendador nos leyó este mensaje en el refectorio, justo antes de rezar Completas.

Una inmensa alegría me invadió. Por fin, mi anhelo y mi ilusión iban a cumplirse. Los días restantes me sirvieron para reponer fuerzas y superar las pruebas que aún me esperaban.

La noche del diez al once de abril, vestido únicamente con una túnica blanca marcada con la cruz patada roja en el pecho, aguardaba nervioso a las puertas de la iglesia de Santa María del Temple, en la capital del reino de Aragón. El clima había mejorado desde aquellos siete días frente a la puerta de Aradón; también mi situación: esta vez, el propio Maestre de los Tres Reinos, Martín Núñez, junto al capítulo reunido, presidiría la ceremonia de mi admisión. A mi lado, dos hermanos del Temple, Romualdo y Nuño, actuaban como padrinos.

Apenas sonó la última campanada de la medianoche, la puerta de la iglesia se entreabrió. Un hermano salió y se detuvo frente a mí.

—¿Quién eres? —preguntó en voz alta.

—Soy Antonio de Valdeosera.

—¿Qué se te ofrece?

—Servir a nuestro Señor Jesucristo junto a mis hermanos del Temple.

El hermano volvió al interior para comunicar mi respuesta al Maestre.

Poco después, salió otro hermano.

—¿Es cierto que deseas ser admitido en la milicia del Temple?

—Sí, quiero.

También él regresó a la iglesia. Pasados unos minutos, un tercero salió y me repitió la pregunta:

—¿Es cierto que deseas ser admitido en la milicia del Temple?

—Sí, quiero —respondí con energía.

Tras recibir mi respuesta, el hermano volvió al interior.

Poco después, la puerta se abrió de par en par. Los tres hermanos que me habían interrogado salieron y, junto a mis padrinos, me escoltaron hasta la presencia del Maestro.

Arrodillado a sus pies y rodeado por el capítulo en pleno, escuché la primera de las preguntas:

—¿Qué pedís?

—El pan y el agua de la sociedad de la Orden —respondí, con los ojos clavados en el suelo.